

— Estaba cansada, papá. Hace mucho tiempo que estoy cansada — dijo Luisa.

— ¿Cansada? ¿De qué? — pregunté el padre, asombrado.

— No sé. Cansada de todo, creo.

— No hables más. No digas chiquilladas — repuso el señor Gradgrind — No quiero oírte más.

Hasta que hubo recorrido en silencio una extensión de media legua, no volvió á abrir la boca. Entonces exclamó con acento grave :

— ¿Qué dirán tus mejores amigos, Luisa? ¿Te preocupas así de su buena opinión? ¿Qué diría el señor Bounderby?

Al enunciar este nombre, Luisa le dirigió una mirada cautelosa, profunda y escrutadora. Él no se percató de nada, puesto que, al mirarla, había bajado ella ya los ojos.

— ¿Qué diría — repitió después de algunos instantes — qué diría el señor Bounderby?

Durante el camino, hasta Pedro-Loge, mientras increpaba con indignación á los delincuentes, repetía á intervalos :

— ¿Qué diría el señor Bounderby? — como si el Sr. Bounderby hubiese sido el bú.

CAPÍTULO IV

EL SEÑOR BOUNDERBY

Si el señor Bounderby no era el bú ¿quien sería, pues?

Se hallaba el señor Bounderby tan próximo á ser el amigo íntimo del señor Gradgrind, como sea posible la aproximación, por parentesco espiritual, entre un hombre enteramente desprovisto de sentimiento y otro no menos falto de él. Efectivamente, el señor Bounderby estaba muy cerca, ó si quiere el lector, muy lejos de ello.

Era hombre muy rico : banquero, negociante, fabricante, qué se yo. Hombre gordo y bullicioso, de mirada que hería á la gente y de risa metálica. Hombre hecho con tela basta, que parecía habersele adaptado á su medida, para prestarse mejor á su desarrollo. Hombre de cabeza y frente abotargadas, con grandes venas en las sienes, y la piel tan estirada hacia el semblante, que parecía mantener, de buen ó de mal grado, sus ojos siempre abiertos, levántandole los párpados. Hombre de aspecto siempre hinchado, como un globo que emprendiera la

ascensión. Hombre que nunca se alababa bastante de ser hijo de sus obras. Hombre que jamás se hastiaba de proclamar, en voz semejante á la de una trompeta de bronce, su ignorancia y miseria antiguas: un verdadero fanfarrón de humildad.

Tenía uno ó dos años menos que su amigo eminentemente práctico, si bien el señor Bounderby parecía de mayor edad. A sus cuarenta y siete ó cuarenta y ocho años, hubiérase podido agregar otros siete ú ocho, sin asombro de nadie. Cubríanle raros cabellos. A veces se sospechaba que se los hubiera llevado el vuelo de sus palabras y que los restantes, erizados y desordenados, se veían en estado lastimoso, por recibir el soplo hinchante de sus adulaciones tumultuosas.

En el salón cuadrado y ordenado de Pedro-Loge, de pié en la alfombra de la chimenea y de espaldas al fuego, el señor Bounderby hacía á la señora Gradgrind varias observaciones pertinentes al aniversario de su propio nacimiento. Se había colocado delante de la chimenea, ya porque hacía una tarde glacial de primavera, aun cuando el sol brillase con todo su esplendor, ya porque Pedro-Loge estaba aun saturado de humedad, pues el verano no había secado bien el yeso, ó ya porque allí

disfrutaba de una posición ventajosa, desde la cual podía dominar fácilmente á la señora Gradgrind.

— Y no llevaba calzado. En cuanto á calcetines, ignoraba hasta el nombre de ellos. Pasaba el día en un foso y la noche en un establo de puercos. De este modo celebré mi décimo aniversario; y no es que el foso fuera un alojamiento nuevo para mí, toda vez que nací en uno de ellos.

La señora Gradgrind, verdadero paquete de mantones; pequeña, delgada, blanca, con ojos de color de lila, de una debilidad incomparable, ya moral, ya física, que pasaba el tiempo tomando medicinas, sin curarse, y que se veía irremediamente aturdida, desde que manifestaba la menor veleidad de volver á la vida, por el acaecimiento de algún hecho abrumador, que su marido le soltara á la cabeza: ¿tuvo la Sra. Gradgrind, cuando menos, la esperanza de que el foso fuera seco?

— ¡No! Mojado como una sopa. Lo menos había allí un palmo de agua — dijo el señor Bounderby.

— ¡Con lo que se podía resfriar un niño de dos años!

— ¿Resfriar? Pero si ya nací yo con una inflamación en los pulmones y, si no me engaño,

en otras partes de mi cuerpo, expuestas á lo mismo — replicó el señor Bounderby. — Durante muchos años, señora, fui uno de los pequeños seres más miserables. Mi salud fué tan doliente, que no hacía yo más que gemir. Iba tan desaliñado y tan puerco, que no hubiera usted querido tocarme ni con pinzas.

La señora Gradgrind contempló las pinzas con ánimo abatido, pues ello era todo lo que en conciencia podía hacer, habida cuenta de su estado de debilidad.

— No sé cómo pude resistirlo — exclamó Bounderby — Era preciso que tomara una resolución. En el resto de mi vida he dado muestras de un carácter resuelto, y supongo que ya lo tenía en aquella época. De todos modos, ya vé V. en que posición me encuentro, señora Gradgrind, sin que deba agradecerla á nadie.

La señora Gradgrind esperaba, débil y humildemente, que la madre del señor Bounderby...

— ¿Mi madre? Me plantó allí, señora — dijo Bounderby.

La señora Gradgrind, según costumbre, quedó como anonadada por el golpe, cayendo, después, en su apatía, sin decir palabra.

— Mi madre me abandonó á mi abuela — prosiguió el señor Bounderby — y mi abuela,

por lo que recuerdo, era la mujer más mala y execrable que se haya visto nunca. Si por azar venturoso daba yo con unos zapatos, me los quitaba de los pies y los vendía para emborracharse. Cuantas veces ví á esa buena abuela pasar toda la mañana en la cama, apurando sus catorce copitas de aguardiente, antes de comer.

La señora Gradgrind, sonriendo débilmente y sin dar otra señal de vida, mostró entonces la silueta de una pequeña sombra chinesca de lanterna mágica, no bien iluminada.

— Regentaba una pequeña tienda de comestibles — continuó el señor Bounderby — y me crió en una caja de huevos. Tal fué la cuna de mi infancia : una vieja caja de huevos. No bien fuí bastante crecido para escapar, me apresuré naturalmente á hacerlo. Entonces me convertí en un pequeño vagabundo, y en vez de aporrear me y dejarme hambriento una vieja abuela, cuidó de ello multitud de gente de todas las edades. Tenían razón : culpables hubieran sido, de obrar inversamente. Yo significaba una pesadilla, un obstáculo, algo así como la peste. Lo sé bien.

El orgullo que experimentaba de haber merecido, en cualquiera época de su vida, tan alta distinción de que se le señalara como una pesadilla, un obstáculo ó la peste, no se vió

satisfecho hasta que hubo repetido tres veces los primeros títulos de su juventud gloriosa.

— Mi destino era salir de apuros, y así lo creo, señora Gradgrind. En fin, lo fuera ó no, el caso es, señora, que salí de ellos, sin que nadie me diera la mano. Vagabundo, primero; después, salta-arroyos; luego, todavía en la vagancia; más adelante, ordenanza, dependiente, director, socio-gerente, Josué Bounderby de Cokeville : vea lo que tuve que hacer para llegar á esta situación. Josué Bounderby aprendió á leer en los rótulos de las tiendas : llegó á conocer la hora de un cuadrante á fuerza de estudiar el reloj del campanario de Saint-Giles, de Londres, bajo la dirección de un borracho lisiado, ladrón de oficio y mendigo impertérrito. Hablad á Josué Bounderby de vuestras escuelas de distrito, de vuestras escuelas modelo y de vuestras escuelas normales, y os contestará con franqueza : esto es bonito y útil; pero él no ha disfrutado de ventajas de esa índole. Para formar hombres de cabeza dura y puños sólidos, vale más la educación que recibió Josué Bounderby, pero no hay que recomendarla á todo el mundo, lo sabe él muy bien. Podreis hacerle tragar aceite hirviendo, pero no le obligareis nunca á callar los hechos de su biografía. Después de esta entusiasta peroración, Josué

Bounderby permaneció en silencio. Calló en el preciso instante que su amigo *eminente práctico* entraba en el salón, acompañado de dos jóvenes cómplices. No bien se percató del orador, el amigo *eminente práctico* se detuvo, lanzando á Luisa una mirada de reconvencción, como diciéndola :

— ¡Mira! ¡Precisamente ahí le tienes, á tu Bounderby! —

— ¡Cómo! — exclamó Bounderby — ¿Ocurre algo? ¿Porqué tiene aspecto gruñón nuestro Tomás?

Hablaba del joven Tomás, pero contemplaba á Luisa.

— Tratábamos de ver lo que sucedía en el circo — murmuró Luisa, con voz altanera, sin levantar los ojos — y papá nos ha sorprendido.

— Sí, señora Gradgrind — dijo con dignidad el marido de esta dama — y no me hubiera extrañado tanto sorprenderles en la lectura de un libro de poesías.

— ¡Bondad divina! — dijo la señora Gradgrind, lloriqueando — Luisa, Tomás ¿cómo habeis podido?... ¡Me dejais sorprendida! De este modo una llega hasta á dolerse de haber tenido hijos. Poco me costaría decir que hubiera sido más dichosa sin tenerlos. Entonces hubiera querido saber vuestro destino.

Esta reflexión juiciosa no produjo impresión muy favorable al señor Gradgrind. Frunció el ceño con impaciencia.

— ¡Como si, en el estado actual de mi cabeza, no hubiérais podido mirar las conchas, minerales y otros objetos que se os han comprado, en vez de ir detrás de los circos! — prosiguió la señora Gradgrind — Sabeis tan bien como yo que á las personas jóvenes no se les dan profesores de circo, ni colecciones de circos, ni se les lleva tampoco á los cursos de circología. Quisiera saber en que pueden interesaros los circos. Si buskais en que ocuparos, bastante teneis que hacer. En el estado actual de mi pobre cabeza, no puedo recordar el nombre de la mitad de los hechos que teneis que estudiar.

— Precisamente, por esto... — dijo Luisa, con aire mohino.

— No me digas que sea por ello, que mala razón das — repuso la señora Gradgrind. — Id en seguida á aprender algo de cosología.

Como la señora Gradgrind no era un personaje científico, despachaba de ordinario á sus hijos con un vago mandato, que les dejaba libres de escoger su tarea.

A decir verdad, era deplorablemente limitada la provisión de hechos que había efectuado la

señora Gradgrind; pero su marido, al elevarla á la alta posición matrimonial que ocupaba, trató de influir en ella por dos motivos: 1º La señora no dejaba nada que desear, en cuanto á guarismos. 2º Tampoco se advertía en ella ninguna clase de *tontería*. Por *tontería* juzgaba él de la imaginación; y probable es que estuviese tan pura de aleación semejante, como puede estarlo toda criatura humana que no alcance todavía la perfección absoluta del idiotismo.

Cuando la señora Gradgrind se halló sola en presencia de su marido y del señor Bounderby, se quedó como anonadada, sin requerir, para ello, la intrusión de ningún hecho más. Volvió á quedar abatida nuevamente, sin que nadie lo advirtiera.

— Bounderby — dijo el señor Gradgrind, acercando una silla al hogar — se ha interesado usted siempre demasiado por mi gente joven, especialmente por Luisa, para que me excuse de confiarle que me ha apenado mucho esta observación. Como no ignora usted, me he sacrificado sistemáticamente por educar la razón de mis hijos. La razón, como sabe usted, es la sola facultad á que debe dirigirse la educación. Sin embargo, Bounderby, el hecho imprevisto de hace poco, por insignificante que

sea, da que pensar si se ha ingerido algo en el espíritu de Tomás y de Luisa, que fué... ó que no fué... No creo que pueda expresarme mejor, sino diciendo : algo que jamás hemos tenido el propósito de desarrollar en ellos y para lo que sobra su razón.

— El hecho es que no hay razón para contemplar á una horda de vagos — replicó el Sr. Bounderby — Cuando yo lo era, nadie me miraba con interés : no eran tan bestias.

— Se trata, pues — dijo el padre eminentemente práctico, con la mirada fija en el fuego — de descubrir lo que ha provocado esa curiosidad vulgar.

— Voy á decirle lo que la ha originado : una imaginación desordenada.

— Espero que no sea así — dijo el eminentemente práctico — Confieso, sin embargo, que ese temor acudió también á mi mente, antes de volver aquí.

— Una imaginación desordenada, Gradgrind — repitió Bounderby — cosa mala es para los que están contaminados de ella, pero aun más si se enseñorea de una muchacha como Luisa. Perdón pediría á la señora Gradgrind por las expresiones fuertes de que me sirvo, si no supiera ya que no soy muy refinado. Quien quiera hallar en mí maneras refinadas,

no cuenta con la huésped. No he recibido, ni por pienso, educación refinada.

— ¿ No podría ser — dijo el señor Gradgrind, meditativo, con las manos dentro de los bolsillos y la mirada cavernosa, siempre fija en el fuego. — No podría ser que algún profesor ó algún criado les hayan sugerido algo? ¿ No hubieran podido Tomás y Luisa leer algo, á pesar de nuestras precauciones? ¿ Qué fútil libro de cuentos habrá penetrado en casa? Porque ello, tratándose de espíritus formados en un método práctico, sujeto á la regla y al cordel, desde la cuna hasta hoy, constituye un fenómeno curioso é incomprensible.

— Aguarde un instante, — dijo Bounderby, siempre de pie, delante del fuego, y tan hinchado en su humildad vanidosa, que parecía tener que reventar, á expensas de los muebles circundantes. — ¿ Tiene V. en la escuela á alguna niña de esos saltimbanquis?

— Sí ; una que se llama Cecilia Jupé — dijo el señor Gradgrind, con aire de hombre que tiene que reprocharse algo.

— Bien. Aguarde V. un instante — exclamó de nuevo el señor Bounderby. — ¿ Cómo ha entrado en el colegio?

— El hecho es que he visto á esa chiquilla por primera vez. Como no era de esta pobla-

ción, tuvo que dirigirse especialmente á mi casa, para que la admitiéramos en la escuela, y.... sí, tiene V. razón, Bounderby, tiene V. razón.

— Bien. Aguarde V. un instante — exclamó todavía Bounderby. — ¿Vió Luisa á esa niña, cuando se presentó por primera vez aquí?

— Ciertamente que la vió Luisa, pues esta me comunicó su solicitud. No cabe duda que Luisa la vió en presencia de la Sra. Gradgrind.

— Hágame el obsequio, señora Gradgrind: ¿qué pasó? — preguntó Bounderby.

— ¡ Ah pobre salud mía ! — replicó la señora Gradgrind. — Luisa y Tomás aseguraron que quería ir á la escuela y que el señor Gradgrind deseaba que las niñas fuesen á ella. ¡ Como era exacto el hecho, yo no les podía contradecir !

— Pues bien, Gradgrind, ¿ quiere V. creerme? — dijo el señor Bounderby — Mande á paseo á esa chica, y asunto arreglado.

— Casi me ha convencido V.

— ¡ Hágallo en seguida ! — dijo Bounderby. — Tal ha sido mi divisa desde mi tierna infancia. Cuando tuve la idea de abandonar á mi abuela y mi caja de huevos, lo realicé acto seguido. Haga como yo. Despáchela inmediatamente.

— ¿ Quiere V. dar una pequeña vuelta? — preguntó su amigo. — Tengo la dirección de su

padre. ¿ Quizá no le será á V. desagradable dar un corto paseo por la ciudad?

— De ningún modo — dijo el señor Bounderby. — Como V. quiera, con tal que lo haga inmediatamente.

Dicho esto, el señor Bounderby se echó el sombrero á la cabeza. Se cubria siempre de este modo, lo que indicaba en él un hombre que siempre había estado muy ocupado en su camino, para que pudiera aprender el modo de ponerse el sombrero; y, con las manos en los bolsillos, pasó á la antecámara.

— No llevo nunca guantes — acostumbraba á decir. — No he subido por la escalera social con guantes. Me hubieran molestado con exceso para subir alto.

Como tenía que perder uno ó dos minutos en la antecámara, aguardando á que el señor Gradgrind hubiera ido á buscar la dirección en el piso superior, abrió el señor Bounderby la puerta de la sala de estudio de los niños y echó una ojeada en aquella habitación, cuyo suelo estaba alfombrado y que, á pesar de las bibliotecas, colecciones científicas é infinidad de instrumentos sabios y filosóficos, ofrecía el aspecto de un salón de peluquería: Luisa, con la cabeza apoyada perezosamente en la ventana, miraba á fuera sin distinguir cosa al-

guna, mientras que Tomás no quitaba ojo del fuego, refunfuñando vindicativamente. Adán Smith y Malthus, los dos Gradgrind pequeños, estaban ausentes; asistían, bajo escolta, á un curso cualquiera. Juana, la pequeña, después de haber puesto en su rostro una bella máscara de arcilla, humedeciéndola con lágrimas y el lápiz de pizarra con que se había embadurnado el semblante, acabó por dormirse sobre las fracciones decimales.

— Está bien, Luisa; está bien, Tomás — dijo Bounderby. — No lo volveréis á hacer ¿verdad? Os aseguro que vuestro padre no os reñirá más. Veamos, Luisa ¿me das un beso?

— Puede V. tomar uno, si quiere, señor Bounderby — replicó Luisa, permaneciendo en silencio, llena de frialdad, después de haber atravesado con paso lento la habitación, para ofrecerle la mejilla, aunque no de muy buen talante y volviendo el rostro.

— Serás siempre la niña de mis ojos ¿verdad, Luisa? — dijo el señor Bounderby.

Dicho esto, salió; pero ella quedóse en el mismo sitio, enjugando con el pañuelo la mejilla que acababan de besar; frotándola y refrotándola hasta que la piel se volvió de fuego. Siguió frotándola cinco minutos después.

— ¿En qué piensas, Lu? — gruñó su her-

mano — Acabarás por agujerearte la cara con tanto frotar.

— Si quieres, puedes arrancar la piel besada con tu cortaplumas, Tom; te aseguro que no lloraré por eso.

CAPÍTULO V.

LA NOTA TÓNICA.

Cokeville, adonde se dirigieron los Sres. Gradgrind y Bounderby, implicaba uno de los triunfos del Hecho. Era una ciudad que había escapado al contagio de la Imaginación, con tanta suerte como la señora Gradgrind. Puesto que Cokeville envuelve la nota tónica, hagamos el acorde antes de continuar la canción.

Era una ciudad de ladrillos rojos ó, que lo hubiera sido, de haberlo consentido el humo y la ceniza. Sin embargo, tal como estaba parecía una ciudad de un rojo y negro artificiales, recordando el semblante embadurnado de los salvajes. Era una ciudad de maquinaria y de altas chimeneas, de las que salían interminables serpientes de humo, sin tregua ni descanso, arrastrándose en el aire sin desenrollarse jamás. Pasaba por allí un canal muy negro y un río